

Mi tÃ-a Quica y Paco del Macho. Por Braulio G. Bautista

sÃbado, 02 de febrero de 2008

Modificado el jueves, 01 de mayo de 2014

Mi tÃ-a Quica y Paco del Macho Por Braulio GarcÃ-a Bautista

HabÃ-a invitado a Pito Juan y a Pepe MatÃ-as, palomeros mÃis veteranos que un servidor, a subir a la azotea de casa de mi abuela para ver como â€œtrabajabanâ€• unos ladrones de mi propiedad que usaban las torres de la iglesia como atalayas. Eran un par de ejemplares preciosos: uno â€œaspiadoâ€• (jaspeado) y el otro â€œpintorriadoâ€• (pintoreado) y los habÃ-a traÃ-do, todavÃ-a piando, de la lejana casa de Baltasar (Saro) Ruiz, el Practicante.

MI TÃ•A QUICA Y PACO EL DEL MACHO

Por Braulio GarcÃ-a Bautista.

HabÃ-a invitado a Pito Juan y a Pepe MatÃ-as, palomeros mÃis veteranos que un servidor, a subir a la azotea de casa de mi abuela para ver como â€œtrabajabanâ€• unos ladrones de mi propiedad que usaban las torres de la iglesia como atalayas. Eran un par de ejemplares preciosos: uno â€œaspiadoâ€• (jaspeado) y el otro â€œpintorriadoâ€• (pintoreado) y los habÃ-a traÃ-do, todavÃ-a piando, de la lejana casa de Baltasar (Saro) Ruiz, el Practicante.

Atravesamos el zaguÃ;n de la casa charlando animadamente sobre nuestra comÃn aficiÃn, subimos el primer tramo de las escaleras y, cuando ya estÃbamos a punto de empezar a subir el tramo de madera, hizo su apariciÃn en lo alto, con las manos en jarras, mi tÃ-a Quica, quien nos preguntÃ desabridamente: â€œÃnde se creen ustedes que van con esos zapatos todos â€œembarruladosâ€•, eh?... Ã TÃ no sabes que hoy es viernes y que se le da gasoil a toda la casa?â€•... â€œVenga, carajo, ya se pueden ir yendo con viento fresco que aquÃ- no me entra nadieâ€! Ã estamos?â€•

Pito y Pepe MatÃ-as se despidieron de mÃ-, muertos de risa, imitando la estridente voz y exagerando los gestos furibundos de mi tÃ-a y yo me quedÃ© â€œazocadoâ€• en la puerta de la calle, pues estaba â€œchispiandoâ€•, mÃis cabreado que un mono, rumiando mi viejo rencor hacia la â€œsolterona amargadaâ€• de mi tÃ-a.

Tal vez debiera decirles, para aquellos que no lo sepan, que Cea (por Mercedes) y Quica (por Francisca) eran mis dos tÃ-as â€œcasaderasâ€• y que ambas estuvieron al frente de la central telefÃnica de GuÃ-a durante muchÃ-simos aÃos. Cea, la mayor, era mÃis amable, pero Quica tenÃ-a un carÃcter del carajoparriba y a mÃ- me tenÃ-a muy jodido con su manÃ-a de restringirme las visitas al palomar. AdemÃs de las horas en que ejercÃ-a de telefonista ante el cuadro de la centralita, Quica tenÃ-a otras ocupaciones: se encargaba de recibir y entregar la ropa que le traÃ-an, para limpiar en seco o teÃir, como sucursal en GuÃ-a de la afamada TintorerÃ-a Nuria, cuya central estaba en la entonces lejana capital (dos horas y pico en los lentÃ-simos Leyland de AICASA) y tambiÃ©n vendÃ-a velas, velones, cirios y hasta alguna que otra pierna o mano de cera, de las que compraban los fieles para pagar sus promesas.

En realidad, a Quica sÃlo se la veÃ-a plenamente feliz cuando estaba con las santurronas que formaban Las Hijas de MarÃ-a, o merendando con los curas salesianos y

doña Eusebia- la benefactora del pueblo- hombre, la que nos trajo el hongo que curaba el cáncer-. La pobre de mi tía se preocupaba por una sotana, pero su actitud devota, la unción que mostraba en los actos litúrgicos, se esfumaba en cuanto yo trataba de entrar con amigos palomeros a comprarle toda la casa. Entonces se transformaba: le soltaba riendas a la lengua y nos echaba sin contemplaciones, algunas veces, incluso, si no la obedecía de inmediato, esgrimiendo con determinación el palo de la escoba.

Así- que estaba yo, como les venía contando, en la puerta de la casa de mi abuela, planeando mil venganzas, cuando en esto veo aparecer, doblando la esquina de Delfinita, a Paco acompañado, como siempre, de su inseparable y apuesto macho cabrío. Inmediatamente se me encendió el bombillo y, en los pocos metros que tuvieron que recorrer para llegar a mi altura, yo le di forma a mi imperiosa necesidad de venganza.

Antes tengo que aclararles que Paco no lucía, precisamente, como luce hoy en día, que lo tienen limpiito que da gusto verlo. No, el hombre en aquel momento traía unas botas herradas llenas de barro, ropa zurcida y parcheada de labranza, un saco de papas por la cabeza, a modo de impermeable con capucha, y en una mano una vara pulida y en la otra, la sogá con la que tiraba de su dolsco medio de vida. Oigan, y si el dueño venía embarrulado hasta el tobillo, no quieran saber como venía el macho, que, siendo blanco y gris, traía encima un casi completo color caneloso, de todo el barro que portaba desde las pezuñas hasta el comienzo de sus cuernos mochos.

Del animalito en cuestión, les puedo asegurar que, ya antes de doblar la esquina, uno sabía que se acercaba pues le precedía su nauseabundo hedor, mezcla del almizcle que segregaban sus potentes glándas y del olor con que suelen perfumarse los cabrones para hacerse más atractivos ante las cabras. La gente, cuando se cruzaban con ellos, se tapaba la nariz y exclamaban ¡Fooo, coooo... chacho, Paco, jechale colonia al macho!, a lo que él solía responder maldiciendo por lo bajo: ¡MÁS te jiede a ti el pajarero y yo no te digo na!

¡Oye Paco, que dice mi tío que subas, que tiene una machorra- le dije todo excitado, paladeando ya mi trastada-. Paco me miró con cierto recelo, pero le aguanté la mirada sin inmutarme. ¿Y dónde la tiene?- me preguntó todavía desconfiado, sabiendo como sabía que yo era un punto filipino de mucho cuidado- En la zotea- sube por ahí- le dije con fingida naturalidad- y el pobre Paco atravesó el zaguán y empezó a subir las escaleras tirando del reacio semental. Yo en un principio pensé no subir detrás de él y esperar en la calle el resultado de mi gamberrada, pero después decidí que no me podía perder el espectáculo que se avecinaba y los seguí- escaleras arriba.

Mi tía- Quica estaba en la cocina delante del pollo, trasteando en el fregadero y dándole la espalda a la puerta, pero, de pronto, se quedo como petrificada, olisqueó el aire como un animal que presiente el peligro, se dio la vuelta rápidamente y se quedó horrorizada, ante el cuadro que aparecía ante sus incrédulos ojos. Pero cuando yo hacía a Paco con aquel apuesto animal en la puerta de su impoluta cocina?- debí de preguntarse, hasta que localizó mi rubia cabellera asomando detrás de la figura de Paco- Se produjo entonces ese

cinematográfico silencio que precede a toda sangrienta tragedia, y el que lo rompió, ya oliéndose lo peor, fue el pobre Paco: «Buenas Mariquita, ¿dónde está la machorra?» «¿La machorra?... La machorra es la madre del hijoputa ese» «respondí mi tía se alíndome fuera de sí y agregó, gritando como una posesa- ¡Fuera de mi casaaaa, coño!!!... Y tío, vete preparando con tu padre, desgraciado, delincuente, sarasa! que te voy a coger todas esas palomas y me voy a hacer una sopaaaaa! y usted, bobod mierada- volviéndose a Paco- ¿como se deja engañar por el «chiquillaje» este, si todo el mundo sabe que es carne de horca y que va a acabar en el reformatorio?» «Mientras gritaba se armó con la escoba y empezó a darle mandobles al despavorido macho- hasta creo que el mismo dueño se llevó algo que otro escobazo- entonces yo, viendo el cariz que tomaba el asunto, puse pies en polvorosa y escapé de la masacre por los pelos.

Una vez en la calle, doblado literalmente de la risa, aunque también un poco asustado con las posibles consecuencias de mi acción, contemplé horrorizado como se abrió la ventana de la sala de la casa en el piso alto y se asomaba Quica quien, a voz en cuello, me siguió regalando con un montonazo de improperios y maldiciones, sin reparar en que estábamos frente a su querida la sacristía- a unos metros escasos del camerón de la Virgen, objeto de su veneración más profunda.

La gente que estaba comprando en la tienda de Antón el Pájaro se arracimó en la puerta del pequeño establecimiento para indagar sobre el origen de tamaña escandalera; el piano de doña Dulce y la voz que, sobre sus notas, solfeaba monótonamente, enmudecieron de pronto; y hasta Perico el Barbero y un cliente al que estaba afeitando- con toda la cara enjabonada y el pelo blanco alrededor del cuello- se asomaron a la esquina! Entonces, ante la dimensión que estaba tomando el asunto, decidí poner más tierra de por medio y me fui corriendo a refugiarme al barranco, y no volví de allí- hasta que empezó a oscurecer y el miedo a las tinieblas pudo más que el temor a las represalias.

Obviamente, Paco y su macho llenaron de barro los suelos ya limpios de las escaleras y del pasillo hasta la cocina, pero lo peor fue el olor! tuvieron que dejar las ventanas abiertas durante mucho tiempo para que se ventilara la casa de mi abuela y desapareciera aquel penetrante y fétido aroma que lo cubría a todo.

Mi otra tía, Canca (por Carmen) tuvo que emplearse a fondo para impedir que Quica, llevando a cabo su terrible amenaza, le retorciera el pescuezo a mis palomas, las desplumara y se fuera haciendo sopa de pichón hasta que se le pasara el cabreo. Pero lo peor para mí, fue que tuvieron que transcurrir por lo menos tres o cuatro largas semanas hasta que pude volver a subir a la azotea para ver a mis queridas ladronas! Por supuesto, sin Canca, mi valedora, protegíndome de los «abanzos» de la todavía «insultada» Quica, jamás lo habría conseguido.

En cuanto a mi padre, la cosa no pasó de un ligero tirón de orejas, creo que en el fondo le hizo gracia mi mataperrera. Seguramente supe, por boca de parientes cubanos con quienes mi padre compartí infancia en Güira de Melena, yo tenía a quien salir, el viejo también fue una buena sima ficha! Y es que ya se sabe: «Hijo de gato, caza ratones».

Años después, cuando la profesión me llevó a vivir al otro lado del charco, me llegó la triste noticia de que mi tía Quica había sido atropellada en Las Palmas por una guagua, que le tuvieron que amputar una pierna y que había muerto poco después de la operación. Fue una pena porque, para entonces, ya casi se había olvidado de las gamberradas de las que fue objeto y, cuando yo volvía por Guía, mantenía conmigo una correcta, aunque poco cariñosa, relación. No tengo que decirles que el día que me enteré de su trágica desaparición, me arrepentí, muy sinceramente, de todas las faenas que le hice a la pobre vieja.

De todo lo relatado aun puede dar fe Paco, quien, ya sin macho, y convertido en un anciano lustroso, todavía se acuerda de la baladronada que le jugó el hijo de Antónito el del Molino. No hace mucho me plantó ante él, que estaba sentado en el banco donde descansa para los siglos Charlot, el hermano de Tomás-n, y le dije: ¿Paco, sabes quién soy? y me respondió, después de ajustarse las gafas y achicar sus pupilas cansadas: «Claro que sé quien eres, rebenque! ¡¡jeras más malo que la quinal!».

Ha dicho.